



Homenaje de la Prensa a España y a Cervantes.

CUANDO en el mes de Julio de 1915 se hizo pública la noticia de que la Colonia Española de Valparaíso había acordado conmemorar solemnemente el tercer Centenario de la muerte de nuestro serenísimo Príncipe de los Ingenios, Miguel de Cervantes Saavedra, toda la ciudad la acogió con vivas demostraciones de simpatía y contento, y la prensa local, haciéndose fiel intérprete de este sentimiento espontáneo, se puso incondicionalmente a disposición del Comité Pro-tercer Centenario de Cervantes y de su digno presidente don Fernando Rioja M. y de los demás prestigiosos miembros. Y desde este instante comenzó a publicar sin demora cuantas noticias y datos pudo recoger con el fin de satisfacer cumplidamente la curiosidad pública y al mismo tiempo para estimular a los organizadores de tan loable empresa.

Nos es muy honroso dejar constancia, en lugar preferente de nuestro libro, del sentir del pueblo porteño y de la solicitud y galantería de su cultísima prensa en nombre de la Colonia Española que eternamente agradecerá las grandes pruebas de sincero cariño que ambos le demostraran en tan señalada ocasión.

Para corroborar lo expuesto, tenemos a orgullo insertar los hermosos e inspirados editoriales que el día 23 publicaron los dos diarios más importantes de la localidad, en los cuales tributaron un sentido homenaje a la madre España, a su incomparable idioma, al inmortal Manco de Lepanto y a la patriótica Colonia Española:

El Día del Idioma.

Corresponde a Valparaíso, mediante el patriótico y tesonero esfuerzo de la Colonia Española, el alto honor de conmemorar dignamente, junto con el aniversario de la muerte del príncipe de la literatura castellana, la época de oro de nuestra hermosa lengua.

Este día es el día del idioma ibérico, de ese idioma que hemos heredado nosotros junto con la sangre, y que es y será siempre un lazo de unión indisoluble para todos los descendientes de españoles.

Las nacionalidades, las razas, las idiosincrasias mismas de los distintos grupos de hombres que pueblan el mundo, se distinguen, ante todo, por el idioma, y es un dón divino el poseer una lengua elegante, flexible y armoniosa, en la cual puedan manifestarse con toda fuerza de expresión desde los serenos pensamientos del sabio hasta el rugido de las pasiones feroces.

Pasa con la lengua lo mismo que con la idea de patria: cada uno cree que la suya es la mejor, como cree también todo hombre que su madre es la mujer más perfecta, pero no podemos engañarnos, porque hay a este respecto general acuerdo, al decir que el castellano, tan sonoro y enérgico, cuando es necesario, como los idiomas sajones, de estructura tan clásica como el latín y el griego, y si el caso lo requiere, lleno de toda la suavidad de las lenguas romances, figura en primera línea dentro de la universalidad de los idiomas.

Chile, por su naturaleza de país montañoso y por su situación geográfica, mantiene en toda su plenitud, no solamente la raza, sino también la lengua de los conquistadores. El pueblo habla el castellano del siglo XVI, es decir, del siglo de Cervantes, pues éste nació, como se sabe, en 1547, y pertenecen a la lengua de ese tiempo los vocablos que emplea y que hoy tanto nos chocan como mismo, oscuro, rétulo y otra infinidad de términos, frases y giros de corte completamente anticuado. La misma sabiduría popular, fruto de la observación constante, que se reflejaba en los proverbios de Sancho Panza, se refleja también en las sentencias de nuestro pueblo.

Una nación que se conserva tan netamente española como la nuestra, debe considerar también como algo propio lo que con tanta exactitud hemos denominado el día del idioma. Cervantes y sus contemporáneos, como Lope de Vega, Calderón de la Barca, Alonso de Ercilla, Tirso de Molina, el padre Mariana, Francisco de Rioja, y muchos otros escritores ilustres, dieron con sus obras inmortales verdadero realce a nuestra lengua, y con justa razón se denomina a la época de ellos el siglo de oro de la literatura castellana.

De todos los autores a que hemos aludido, el que vivió más oscuramente, en lucha eterna con la pobreza y eclipsado casi por el brillo y la fecundidad extraordinaria de Lope de Vega y por la alta situación que en la Corte y en el país gozaban otros escritores, fué precisamente el poeta soldado, el Manco de Lepanto. Tuvo que ser monumental su Quijote y una filigrana del decir su Galatea para que lograran resaltar a los ojos de la posteridad e imponerse a la admiración del mundo.

Como lo hace notar don Diego Barros Arana, si el mérito del Quijote estuviese en haber concluído chistosamente con las novelas de caballería, se habría eclipsado después de realizar su obra y acaso no quedase de ella ni el recuerdo. Pero el libro de Cervantes alcanzó un objetivo muchísimo más alto, como que hizo con sólo dos personajes la pintura más animada que es dable imaginar de la humanidad entera.

No puede añadirse novedad alguna a lo que han dicho sobre el Quijote innumerables críticos y sólo cabe optar entre las opiniones emitidas. Nosotros creemos que el mérito inmenso de ese libro, aparte del lenguaje purísimo en que está escrito, es la manera cómo ha exhibido el contraste eterno de las dos fuerzas, que a modo de polos opuestos, actúan sobre la humanidad; el ideal sublime y el interés pequeño; lo grande mezclado a lo ridículo; la alta poesía a la prosa vulgar y ramplona.

Como descubrió Newton las fuerzas de atracción y repulsión que mueven los astros, descubrió y puso en juego Cervantes en su obra las dos grandes fuerzas que mueven a los hombres. Newton escudriñaba el firmamento; Cervantes escudriñaba a la humanidad, y bajo la forma graciosa y ligera de cada una de sus páginas, se encuentra en el Quijote la más profunda observación de la sociedad y de los hombres.

Se ha hecho a los libros españoles el reproche de ser demasiado locales. No hay, sin embargo, una obra más universal que el Quijote, y ello se debe a que no es un pueblo, a que es el mundo el que está retratado en él. Por otra parte, no puede ser local una literatura que ha creado tipos adaptables a todos los países y a todas las épocas como el don Quijote de Cervantes o el don Juan de Tirso de Molina.

Glorifiquemos a Cervantes, aquí en la tierra que cantara Ercilla, que al hacerlo glorificamos también nuestro idioma y nuestra raza. Este diario, que después de la «Gaceta de Barcelona» tiene el honor de ser el más antiguo de los que se editan en lengua castellana, comprendiendo ese deber, se ha unido con el mayor entusiasmo a la Colonia Española de Valparaíso para conmemorar con el recuerdo del escritor más ilustre, el siglo de oro de la literatura ibérica.

Los descendientes del pueblo que diera al mundo obras tan

portentosas como la de Cervantes, somos hoy muchos millones de hombres desparramados en una inmensa extensión de la tierra y nos une a todos el idioma que nos legaran nuestros mayores junto con la sangre. Al honrar ahora a los genios que, como Cervantes, cultivaron y elevaron ese idioma, honramos también las tradiciones de nuestra propia raza.—EL MERCURIO.

El Día de la Raza.

La esforzada y generosa Colonia Española de Valparaíso, y con ella toda la sociedad porteña, festeja hoy con todo esplendor y solemnidad el tercer Centenario del Príncipe de los Ingenios castellanos, Miguel de Cervantes.

Sin la espantosa guerra que hoy ensangrienta la Europa y conturba a las naciones de uno y otro continente, este acontecimiento habría tenido carácter de universal, y todos los pueblos y todas las razas se habrían reunido en una sola voz y en una sola palpitación de almas para honrar a aquel insigne ingenio; esta misma causa y otras análogas han impedido también la celebración del centenario en España y en todas las naciones; y ha venido así a caberle a una ciudad del último rincón del mundo la honra de ser casi la única en rendir su homenaje a Cervantes y en dar esta alta y brillantísima nota de solidaridad hispano-americana y de honor al genio y a sus portentosas creaciones. Y ello es una honra para Chile y especialmente para Valparaíso, y debemos por ello los más rendidos agradecimientos a la Colonia Española por su noble y ardorosa iniciativa.

La celebración del tercer Centenario de Cervantes, efectuada hoy o postergada para cuando la paz permita unirse el pensamiento y la palabra de todos los hombres en todas las naciones, es un hecho verdaderamente trascendental, porque demuestra cuánto más excelsamente domina la obra de la inteligencia sobre las obras de la fuerza, el vigor intelectual sobre el poderío material, las letras sobre las armas. Hubo un tiempo en que España tuvo los más extensos dominios conocidos hasta entonces y que jamás han sido igualados más tarde; resonaba el estruendo de sus armas junto con las armonías de su idioma en la gran mitad del continente europeo, en una gran porción del Africa, en la Oceanía, en las tres cuartas partes de los dos continentes americanos, y su poder ceñía como un inmenso anillo todo el orbe conocido, por sobre todas las tierras, y por sobre todos los mares; y en ese tiempo, a una vez con las miríadas de invencibles guerreros y conquistadores, brotaban sus miríadas de escritores y poetas, pero no logra-

ban hacer prevalecer su voz por encima del estruendo de las armas. Y bien, pasan tres siglos, se derrumba todo aquel inmenso poderío, ya las naves conquistadoras españolas no oprimen la curva de los mares, ni sus guerreros hacen resonar las tierras con el estridor de sus armas, apenas quedan una que otra colonia perdidas o diseminadas en medio de la inconmensurable extensión del universo, y España es, militarmente, una potencia de segundo o tercer orden; pero he aquí que llega un día en que la humanidad recuerda que es ese el del tercer centenario de Cervantes, y toda la humanidad prorrumpe en un cántico de homenaje al más grande de los libros humanos y al más insigne de los escritores de España, y rinde su tributo de amor, de gratitud y de admiración al pueblo más heroico de esa raza latina que enseñó a leer a la humanidad. Y de esa manera España obtiene por sus letras, por su ingenio, una victoria aún más grandiosa, aún más extensa, que la que le dieron en otro tiempo sus legiones de guerreros y de atrevidos e invencibles conquistadores. Ya no domina por las armas, pero reina sobre las inteligencias con la alta y nunca resistida reyección de sus ingenios.

Y de este modo la fiesta de hoy, la celebración del tercer Centenario de Cervantes, es la fiesta de la Lengua Castellana, el día solemne de esta patria inmensamente grande y poderosa que congrega veinte naciones en la armonía triunfal de un idioma que tiene acentos propios para todos los afectos, para todas las empresas, para todos los heroísmos y todas las ternuras.

Es la fiesta del gran idioma que hace reconocerse por hermanos a tantos pueblos diversos de los que se asientan en medio del esplendor de la civilización europea, de los que florecen entre los fecundos ardores del trópico y de los que bregan afanosos en las heladas regiones del Antártico.

Y con ser la fiesta de la Lengua Castellana, es también la fiesta de la raza que une con una misma sangre a todos esos pueblos; y por amor a esta raza celebramos y debemos cultivar aquel idioma, porque, según la feliz expresión de un escritor con cuya producción se honra hoy una de las páginas de este diario, «la lengua es la raza, es su entendimiento, en su voluntad, es la energía de sus actos, es la redención de sus maldades, la virtualidad florecedora de su espíritu.»

La fiesta de Cervantes es, pues, la hora solemne de todos los pueblos de habla castellana y la palpación de sus millones de almas en un solo y común sentimiento de grandeza y de legítimo orgullo.

Unidos, pues, en un mismo afecto y en un mismo entusiasmo, saludamos hoy a la Madre Patria y a su hidalga y, como española, generosa Colonia de Valparaíso.—LA UNIÓN.